

vez piensan como otros negros, que sus sombras espian todas sus acciones y sirven para testimoniar en su daño. Entre los Groenlandeses, según Crantz, se cree que la sombra de un hombre es una de sus dos almas, la que abandona su cuerpo por la noche. También los Fijianos llaman á la sombra «el espíritu sombra,» para distinguirlo de otro espíritu que posee el hombre. En fin, la comunidad de significación, que más tarde señalaremos, y que demuestran varias lenguas que por cierto no son de una misma familia, entre las palabras sombra y espíritu, demuestran la misma cosa.

Esos ejemplos que nos muestran que en un principio se consideraba una sombra como un sér adherido á otro, sugieren muchas otras ideas que no hay por qué indicar en este sitio. Las ideas del salvaje, tal como las observamos, han experimentado un desenvolvimiento que les hace pasar de sus primeras formas vagas á formas más coherentes y más definidas. Hay aquí que prescindir de los caracteres especiales de esas ideas, y no considerar sino el carácter general que tienen desde un principio. Esto es el que hemos encontrado más arriba. Las sombras son seres siempre intangibles y á menudo invisibles, pero que sin embargo pertenecen cada una de ellas al objeto visible y tangible que le es correlativo; en fin, los hechos que á ese fin se pueden observar, suministran nuevos materiales para la noción de estados aparentes y de estados inaparentes y por la de una dualidad en las cosas.

Otros fenómenos que pueden referirse á ese mismo grupo presentan esas nociones todavía bajo un aspecto más material. Me refiero á los reflejos.

Si la semejanza grosera que existe entre los contornos y los movimientos de una sombra y los de una persona que la proyecta, sugiere la idea de un segundo sér, con mucha mayor razón ha de sugerirla la semejanza exacta de las imágenes reflejadas, que repite todos los detalles de forma, luz, sombra y color, que imita todas las contracciones del original; imagen que dicho se está no se puede explicar en un principio más que por la suposición de que se trata de otro sér.

La experimentación solo comprobará que las impresiones visuales no son en su caso las que corresponden á las impresiones del tacto que suministran la generalidad de las otras cosas. Y bien; ¿qué resultará de ello? Pues simplemente la idea de un sér que se puede ver, pero que no se puede tocar. La explicación óptica es imposible. En tanto no exista la ciencia física, el espíritu no podrá concebir que su imagen esté formada por la reflexión de los rayos luminosos; y como nada asegura de una manera autoritaria que la reflexión no es

más que una apariencia, se la ha de tomar forzosamente por una realidad, realidad que pertenece en algún modo á la persona de la que simula los rasgos y de la que contrahace las acciones.

Además, esos duplicados que se ven en el agua suministran al hombre primitivo comprobaciones expeditas para ciertas otras creencias que sugieren los objetos que nos rodean. ¿No se ven por ventura en el fondo de un estanque de aguas claras, nubes que se parecen á las del cielo? Y no es esto todo: durante la noche, estrellas tan brillantes como las del firmamento, centellean á profundidades inmensas debajo de la superficie de las aguas. ¿Es, pues, que existen dos lugares estrellados? Las que durante el día desaparecen, ¿son las que descienden de noche para mostrarse en aquel sitio? Más aun, al borde del estanque inclina sus secas ramas el árbol muerto de que corta leña el salvaje, y bien, ¿es que por ventura no se proyecta igualmente la sombra de ese árbol? Y la rama del árbol que quema y que desaparece y pasa á la nada por la combustión, ¿no está en relación alguna con ese estado invisible y con esta imagen que está en la agua y que no puede tocar, como tampoco puede tocar la rama consumida?

Las imágenes reflejas engendran, pues, una creencia confusa y tal vez inconsciente, pero una creencia sin embargo, según la cual cada individuo tiene un duplicado, por lo común invisible, pero que sin embargo se puede ver yendo al borde del agua para mirar adentro. En esto no hay una conclusión deducida *a priori*; los hechos la comprueban. Según Williams, ciertos Fijianos dicen que la sombra tiene dos espíritus. Su sombra se llama el *espíritu-sombra*, del que dicen que va al Hades. La otra, es su imagen reflejada en el agua ó en el espejo, y de la que se cree que permanece junto al sitio en que el hombre se mueve. Puede, pues, decirse que esa creencia en dos espíritus es de una verdad incontestable. En efecto, la sombra y la imagen reflejada de un hombre, ¿no existe por separado? ¿No existe al mismo tiempo, y al mismo tiempo que él? ¿No puede, puesto al borde del agua, ver que la imagen reflejada en la agua y la sombra proyectada en la orilla se mueven al mismo tiempo que él? Claro está, pues, que aun cuando una y otra le pertenezcan, le son independientes, como independientes son la una de la otra; en efecto, ambas pueden llegar á faltar, y cada una puede estar presente, aun cuando falte la otra.

Las teorías primitivas de ese duplicado no entran en la cuestión que ahora nos ocupa, y que por tanto, hemos de dejar á un lado. Solo tenemos que retener una cosa, y es que el duplicado tenía una existencia real. Para el espíritu

primitivo, que ensaya una explicacion del mundo que le rodea, existen otra clase de hechos que confirman la idea de que los seres tienen estados visibles y estados invisibles, y fortifican la suposicion que presta una dualidad á cada existencia.

Ahora que cada uno se pregunte lo que él creeria, si viviendo en la ignorancia de la infancia llegase á pasar por un sitio donde oyese repetir el grito mismo que él hubiese dado. ¿No concluiria de ello, de una manera inevitable, que el grito de la respuesta lo ha dado otra persona? Esa repeticion de nuestros gritos, repetidos uno tras otro, con las mismas palabras y tono por nosotros empleados, y cuando no es posible descubrir de donde vienen y quien los dá, ¿no nos darian por ventura la idea de que la persona oculta lo que hace es burlarse de nosotros? Si para descubrirla se ojea por los alrededores del bosque ó de la roca sin encontrar á nadie, se ocurrirá desde luego que la persona en cuestion es muy sutil; sobre todo si la atencion se fija en el hecho de que de allí donde se nos respondia ya no sale grito alguno, por cuanto si no fuera así, esto nos permitiría descubrir al burlador. Si en otras ocasiones, y en el mismo sitio, ese grito de respuesta, por una causa que escapa á toda investigacion, se deja oír á propósito de cualquiera persona que pase por allí y hable en alta voz, claro está que se acabará por pensar que en ese sitio vive uno de esos seres invisibles, un hombre que ha pasado al estado invisible, ó que puede hacerse invisible cuando se le busca.

No estaba, pues, el hombre primitivo en condiciones favorables para dar del eco explicacion alguna que se pareciera á una explicacion física, pues ¿qué sabia él de la reflexion de las ondas sonoras? Méenos todavía de lo que sabe hoy de ese fenómeno el comun de la gente. Si no fuera por la extension de los conocimientos que ha modificado las ideas en todas las clases, y que ha inclinado á todo el mundo á aceptar lo que nosotros llamamos interpretaciones naturales, y á admitir que hay interpretaciones naturales para los sucesos que no se comprenden, todavía se explicaria hoy el eco atribuyéndolo á la accion de seres invisibles.

Que de esta suerte se presentó el eco para los hombres primitivos, los hechos lo prueban. Southey escribe que los Abipones «no saben que se ha hecho de Lokal (el espíritu del muerto), pero tienen miedo del eco y creen que es su voz.» Respecto á los Indios de Cumana, América central, nos dice Herrera, «creen que la alma es inmortal, que come y bebe en una llanura donde reside, y que el eco es la respuesta que envía á aquel que le habla ó que le llama.» Y

narrando su viaje por el curso del Níger, Lander dice «que de tiempo en tiempo, á la vuelta de una caleta, el capitán de la canoa invocaba al fetiche, y que cuando el eco le respondia, arrojaba al agua medio vaso de ron y un pedazo de igname y de pescado. Cuando le preguntaba por qué hacia esto, me contestaba: ¿no habeis oido la voz del fetiche?»

Aquí, como ya lo dejo indicado más arriba, es necesario que pida al lector que ponga de lado las explicaciones especiales, por cuanto de por sí prejuzgan la cuestion. Yo llamo la atencion sobre el hecho que confirma la conclusion sacada anteriormente, esto es, de que á falta de toda explicacion física se concibe el eco como la voz de una persona que no quiere dejarse ver. De nuevo, pues, encontramos aquí la creencia implícita de una dualidad, de un estado invisible y de un estado visible.

Es de esta suerte como la naturaleza ofrece, á un espíritu desprovisto de otras ideas que las que él puede reunir por sí mismo, innumerables hechos que prueban ora un cambio arbitrario en apariencia, ora ligero y lento, ora gradual y grande, ora súbito y extremo. En el cielo y en la tierra, las cosas aparecen y desaparecen, y nada nos dice porque esto es así. Tan pronto á la superficie del suelo, tan pronto en sus profundidades, hay cosas cuya sustancia se trasmuda, cambiándose la carne en piedra, y la madera en guijarros. Los cuerpos vivos presentan por todas partes metamorfosis sobrado maravillosas para el hombre instruido, y de todo punto incomprensibles para el hombre primitivo. En fin, la naturaleza proteona (1) que presenta tantas de las cosas que nos rodean, y que le familiarizan con la idea de que hay dos estados, ó mejor, un número más grande de existencias que pasan del uno al otro, le causan una nueva impresion cuando apercibe los fenómenos de las sombras, de las reflexiones y de los ecos.

Si, pues, no cometemos la ligereza de admitir como innatas ideas que se han elaborado lentamente durante el curso de la civilizacion, y que hemos adquirido, sin notarlo, durante los primeros momentos de nuestra vida, de un golpe veriamos que las ideas formadas por el hombre primitivo, son productos inevitables de su espíritu. Las leyes de asociacion mental hacen necesarias esas nociones primitivas de transmutacion, de metamorfosis, de dualidad, y en tanto la experiencia no ha sido sistematizada, no se conoce en ella ni límites ni reserva. Ilustrados por un saber adelantado, vemos en la nieve una forma parti-

(1) Proteo-deidad marítima que cambiaba continuamente de forma.

cular de agua cristalizada, y en el granizo gotas de lluvia que al caer se han congelado. Cuando se fluidifican, decimos que se han deshelado, y miramos el cambio sobrevenido como un efecto del calor; y esto mismo decimos cuando la escarcha que ribetea las ramas de un árbol, se transforma en gotas de agua, ó cuando se solidifica la superficie de un estanque para luego derretirse. Mas á los ojos de un hombre de una absoluta ignorancia, esos cambios son transmutaciones de sustancia, hechos que prueban el paso de un género de existencia á otro. Todos los otros cambios enumerados más arriba se conciben necesariamente de la misma manera.

Ahora preguntaremos por lo que sucede al espíritu primitivo cuando ha ido acumulando esa masa heterogénea de ideas groseras que presentan en medio de sus diferencias ciertas semejanzas. Conforme á la ley de la evolucion, todo agregado tiende á integrarse y á diferenciarse integrándose. El agregado de ideas primitivas ha de pasar por esos cambios. ¿De qué manera? En un principio, esas innumerables nociones vagas forman una masa descosida, sin orden. Luego viene una desgregacion lenta; lo semejante se une á lo semejante, para formar grupos marcados de caracteres poco definidos. Cuando esos grupos comienzan á formar un todo consolidado, constituyendo una concepcion general de la manera como en general pasan las cosas, eso ocurre de la siguiente manera: la coherencia que se establece entre los grupos ha de provenir de alguna semejanza existente entre los miembros de todos los grupos. Hemos visto que existe una, el carácter comun de dualidad unido á la aptitud á pasar de una existencia á otra.

La integracion ha de principiár por el reconocimiento de algun hecho típico. Esto es una verdad que se comprueba siempre que hechos acumulados en desorden, principian á componerse mediante un cierto orden, desde el momento que se arroja en medio de ellos una hipótesis. Cuando en un caos de observaciones aisladas se introduce una observacion que las reúne, pero en la que se puede distinguir una relacion causal, ésta se dispone incontinentemente á asimilarse de ese monton de hechos disparatados, todos aquellos que con ella concuerden, y tiende á hacer entrar en la misma union todos los demás, aunque no sea evidente su conformidad. Diríase que de la misma manera que el protoplasma que forma un gérmen no fecundado permanece inerte hasta el momento en que sufre el contacto de la materia de una célula espermática, pero que comienza á organizarse desde el momento que se produce esa conjuncion, de la misma manera un agregado de observaciones sueltas permanece no sistematizado falto de una hipótesis, pero que, desde el momento que siente su estímulo, recorre

una série de cambios que conducen lógicamente á una doctrina sistemática coherente.

¿Cuál es, pues, el ejemplo particular de esta dualidad, que desempeña el papel de principio organizador del agregado de las ideas primitivas? Lo que tenemos que pedir no es una hipótesis propiamente dicha; la hipótesis es un resorte de investigacion que no sabe fabricar el espíritu primitivo. Tenemos que buscar una experiencia en que esa dualidad se imponga con fuerza á la atencion. De la misma manera que una hipótesis admitida con plena conciencia descansa de ordinario en algun hecho que pone de todo relieve una cierta relacion, y al cual se relacionan otros que se reputan semejantes, de la misma manera la nocion primitiva particular que va á servir de hipótesis inconsciente, para inaugurar la organizacion en ese agregado de nociones primitivas, ha de ser una nocion que ponga fuertemente de relieve su comun carácter.

Primero, pues, determinaremos esa nocion típica, luego haremos el examen de las concepciones generales que de ella resultan. Entonces nos veremos obligados á llevar nuestro estudio por diversos campos, aun á riesgo de parecer que nos separamos de nuestro objeto; tambien deberemos considerar el sentido de un gran número de hechos suministrados por hombres que han traspasado el estado salvaje. Pero este método discursivo es inevitable. En tanto no podamos formarnos una imágen aproximada del sistema primitivo de las ideas, ha de sernos difícil comprender de una manera completa la conducta primitiva; y para concebir bien el sistema primitivo de ideas, estamos obligados á comparar entre sí los sistemas observados en un gran número de sociedades: al efecto nos serviremos de los hechos que suministra la observacion de sus formas adelantadas para comprobar las conclusiones que sacaremos de sus formas poco desarrolladas (1).

(1) El lector á quien sorprenda el espacio que consagramos al génesis de las supersticiones, como nosotros las llamamos, que constituye la teoría de las cosas del hombre primitivo, encontrará la razon de ello en la primera parte de mi *Ensayo sobre las Costumbres y la Moda*, publicado por primera vez en 1854.—Véase *Ensayos etc.*, tomo I.—La concepcion que allí se indica, bien que de una manera ligera, acerca de la influencia que las creencias tienen en la organizacion social, es la que desenvuelvo de una manera completa en las páginas que van á continuacion. Excepcion hecha de un artículo *Sobre el origen del culto de los animales*,—Mayo de 1870,—nada he hecho para dar á conocer el desarrollo que daba á dicha idea: á la sazón me atraian otras materias. Durante ese tiempo, han establecido las importantes obras de Mr. Tylor y de sir John Lubbock, mediante numerosos hechos, ideas en cierto modo semejantes á las mías. Sin embargo, ya se verá que á pesar de estar de acuerdo acerca de sus principales conclusiones, difiero de ellas respecto del génesis y modo de dependencia de las supersticiones primitivas.